

LA CARIDAD
RECOMPENSADA

En un camino por el que circulaban hermosas muchachas y apuestas galanas que, de regreso de una gran fiesta celebrada en un pueblo inmediato, se dirigían a sus casas de campo, pedía limosna un mozo de diez y ocho años, envuelto en una raída capa y cubierta la cabeza con un enorme sombrero viejo y de anchas alas. El mendigo aseguraba á los transeuntes que no había comido en dos días y que se hallaba sumido en las más espantosa miseria.

Y, á pesar de las buenas carnes de su rostro y de la robustez de su cuerpo, comprendíase, desde luego, que no mentía. Bastaba para dar crédito á sus palabras, la palidez de su semblante y el lamentable estado de sus vestiduras.

Sin embargo, la bulliciosa multitud no hacía caso de las desdichas del pobre mozo, ocupada en sus distracciones y olvidada de todo sentimiento generoso, en medio de la general algazarra.

¿Dejarían aquellas gentes morir de hambre al infeliz pordiosero, sin tenderle una mano protectora y aliviar inmediatamente sus culpas?

Todos cuantos por el camino pasaban podían socorrerle sin el menor esfuerzo, puesto que no había quien no llevara algún dinero que darle, sin gran menoscabo de sus intereses. Pero nadie respondía al llamamiento del necesitado, que sollozaba de angustia al ver el abandono en que todos lo dejaban sumido.

Unicamente tres muchachas, muy jóvenes las tres, y hermosas como tres solas, se detuvieron ante él y se compadecieron de su tristísima situación.

La primera le dió un real. —¡Gracias!—exclamó el postulante. La segunda le dió una peseta. —¡Dios se lo pague!—le contestó el mendigo.

La tercera—la más pobre, pero también la más hermosa de las tres—no tenía reales ni pesetas para socorrer al prójimo como manda la ley de Dios.

Y para demostrar al pobre su buen deseo, le dió un beso en la mejilla. —El mendigo no articuló ni una sola palabra, pero al notar la presencia de una florista que por el camino pasaba, se acercó á ella y, con el dinero que acababa de recibir, se compró un precioso ramo de rosas, que á los pocos instantes regalaba á la tercera de sus bienhechoras.

CATULE MENDES.

La Limosna

Para ciertas personas muy sensibles y nerviosas, poco hay tan impresionable como la mano maclenta que se tiende suplicando una dádiva, ó la voz queumbrosa que invoca el nombre de Dios al reclamar una limosna.

Ante el quejido del pordiosero, muchas conciencias saturadas de un espíritu religioso, se detienen á pensar en diversas responsabilidades ó graves injusticias de nuestro mundo. Y por todo esto, el dar una limosna al mendigo es, á veces, una acción instintiva, determinada por causas ajenas á cerebro, y que alivia en mucho el ritmo confuso de nuestros sentimientos.

ALBERTO TENA.

SOLUCION CLERMONT



Quina Inyectable al 50 por ciento
Indicada, Aseptica, Inalterable
VEINTE AÑOS DE EXITO
CONSTANTE
"Farmacia Moderna."—Guadalajara.—Apartado 286.

Página Literaria

LOS DOS TUERTOS

Vivía yo hace algunos años en una calle de un barrio extremo de París, y debía ir diariamente hasta el final de la calle de los Mártires, con objeto de ganarme la subsistencia.

Permanecía allí toda la mañana, y después de haber almorzado en un figón, me ponía en marcha á la una de la tarde, con objeto de regresar á mi domicilio.

Recorría á pie el doble trayecto; no sólo por cuestión de economía, sino también por cuestión de higiene y movido por el deseo de entretenerme con los espectáculos siempre nuevos que la calle.

Entre estos espectáculos había, sin embargo, algunos que no se renovaban nunca, y que debían á su monotonia su encanto especial.

Al llegar al extremo de la calle de los Mártires, encontraba siempre junto á una puerta cochera á un mendigo á quien daba maquinalemente cinco céntimos, y con la misma regularidad, al regresar á mi casa, al cabo de tres horas, encontraba, al cabo de mi domicilio, y junto á otra puerta cochera, á otro pobre á quien daba también otra moneda igual.

Los dos mendigos eran tuertos, el uno del ojo derecho y el otro del ojo izquierdo, cosa que noté cierto día con singular extrañeza.

Desde aquel momento, los dos mendigos me interesaron de un modo extraordinario, y al darles mi limosna les examiné atentamente.

Figúrense ustedes cuál sería mi sorpresa al observar que aquellos dos mendigos se parecían como dos hermanos gemelos, á pesar de la diferencia del traje harapiento que vestían.

Un examen más minucioso me convenció de que en aquel misterio no había más que un solo farsante, el cual era el mismo mendigo, establecido por la mañana en la calle de los Mártires y por la tarde en las inmediaciones de mi domicilio con otro traje y tuerto de un ojo distinto.

Así lo revelaban la actitud, la voz, el gesto y, sobre todo, la mirada del ojo que permanecía abierto.

Pero, ¿qué motivo había para que aquel tuerto fingido cambiase el sitio de su desgracia?

Se me objetará, sin duda, que lo mejor era pedirle á aquel infeliz la explicación del misterio. Confieso que no me atreví á disgustar al pobre tuerto, revelándole que había adivinado la farsa con que se ganaba la vida. Declaro, además, que sentía ya una secreta alegría al decirme, mientras le daba mi limosna:

—¡Me toma por un tonto, cuando el tonto es él, puesto que lo sé todo! Sin embargo, un día no pude con-

tenerme y revelé al mendigo que había descubierto su secreto. Es de advertir, en mi descargo, que tuve la precaución de endulzar la amargura de mis palabras con una limosna de cinco francos.

—Explíqueme usted ese enigma que tan preocupado me tiene de algún tiempo á esta parte—dije al pobre mendicante.—¿Por qué es usted tuerto, tan pronto de un ojo como de otro?

—¡Ah, señor!...—me contestó.—Supongo que es usted un cumplido caballero, que no tratará de denunciar-me ni de echar por tierra mi industria. Quiero ser franco con usted y voy á referirle todo. En nuestro oficio de mendigo sucede como en las demás profesiones. Con la práctica y la observación se adquiere la experiencia necesaria para prosperar. Ante todo, observé que el oficio de ciego no es tan productivo como el de tuerto. ¿Por qué razón? Lo ignoro; pero el hecho es indudable.

Después noté que hay personas más caritativas para los tuertos del ojo derecho y otras para los tuertos del ojo izquierdo. ¿Por qué? También lo ignoro; pero así es, según lo atestiguan pruebas irrecusables. Sea como quiera, la verdad es que he descubierto, no sólo esto, sino también que los tuertos en la margen izquierda de la margen derecha. Todo cuanto le digo á usted es producto exclusivo de mi observación y mi experiencia, sin que haya podido yo averiguar jamás la causa de tan extraño fenómeno.

Por tanto, me limité á sacar todo el partido posible de mi descubrimiento, haciendo el papel de tuerto del ojo derecho en la calle de Santiago, y de tuerto del ojo izquierdo en la calle de los Mártires.

El mendigo me contempló con una mirada pícarasca y burlona, abriendo desmesuradamente sus dos grandes ojos, y me dijo:

—¿Crea usted que en el fondo me río yo de todo esto, porque no soy tuerto ni del ojo derecho ni del ojo izquierdo?

—No necesita usted decirlo—le contesté.—Pero, francamente, cualquiera diría que se burla usted de mí. ¿Acaso tengo moros en la cara.

—¡Ignoro lo que pueda usted tener en ella! ¿Cómo quiere usted que la vea! ¿Sepa usted que soy ciego de nacimiento!

JUAN RICHEPIN.

El Hermano

El pobre ciego, con ojos azules y turbios como un vidrio empañado, caminaba, vestido de harapos y con la alforja al hombro, por las calles polvorientas de la ciudad blanca, inundada de sol.

Sólo iba á su lado un perro negro, flaco como el perro de un filósofo compañero de Diógenes, y que de cuándo en cuándo lo veía como preguntándole:—¿Qué vas á comer hoy? El ciego, al oír pasos, alzaba su quejumbrosa voz implorando una limosna; pero nadie reparaba en él, acaso no lo oían.

Así llegó—llegaron como ternos amigos—á las afueras de la ciudad, donde el mendigo, á tientas, sentóse en una piedra. Alguien pasó y le arrojó un pedazo de pan. El perro fué á

recogerlo, y lo puso en las manos del ciego, de ojos azules y turbios, que le dió la mitad.

El perro entonces se echó á sus plantas, cruzó sus patas delanteras, puso sobre ellas la cabeza, y vió al mendigo con una mirada tierna é interrogativa. Parecía preguntarle:—¿Por qué me das tu pan? ¿Eres mi hermano?

M. A. MATA SILVA.

Cantar

Me conmovió el pobre anciano diciendo al tender su mano: —Que no me puedo valer.... dame una limosna, hermano, soy ciego.... como el querer. X. X.

Tu Mano Invisible

Quando una limosna me pide un anciano, Tu mano invisible me mueve la mano Y ¡oh Padre! en tu nombre, limosna le doy; Quando una infelice me implora afligida, ¡Oh tú que moristes al darme la vida!

Si un niño, una niña, limosna implorando, Desnudos y hambrientos me cercan llorando, El pan de mis hijos les doy con afán, Y al verlos tranquilos me digo con calma: "Si pronto me muero, mis hijos del alma, Que Dios os devuelva bendito este pan."

JUAN DE DIOS PEZA.

Gracias

Si después que yo muera al hogar de un amigo mi huérfana infeliz y pordiosera llega implorando protección y abrigo.... y albergue hospitalario encuentra en sus desgracias.... yo saldré del sepulcro solitario y al buen amigo le daré las gracias!

JUAN CLEMENTE ZENEA.

Por los "Golfos"

El cielo es plomo; del cielo hueve callada y lenta la blanca nieve, y es el bramido del huracán eco de alondras que están sin nidos, amarga queja de desvalidos: de pobres "golfos" que piden pan!..... El cielo es plomo; blanca mortaja finge la nieve que lenta baja, y al contemplarla, con triste afán tiemblan y lloran los pequeñuelos que nunca hallaron dulces consuelos.... ¡los pobres "golfos" que piden pan!.....

En el palacio que luce y brilla, y en la burguesa mansión sencilla, grandes festines los dueños dan; y afuera, oyendo las risas locas, hambrientos muestran sus anchas bocas, ¡los pobres "golfos" que piden pan!..... Príncipes, damas, grandes señores, que tenéis joyas, trajes y flores, que con los años perecerán; cuando la nieve finja mortajas, de lo que es sobre.... ¡dad las migajas á los "golfillos" faltos de pan!

J. RICHEPIN.

Consejo

No ahuyentes al mendigo sin socorro, con viles amenazas; Cuando á un pobre rechazas de tu corro ¿sabes á quién rechazas? ¡Ah! ¿tan seguro estás de tu linaje, que no abrigas siquiera ni lejano temor de que ese ultraje de rechazo te hiera? Ese que, en Dios al menos, es tu hermano, ¿sabes quién es de hijo? ¡Ah! ¡teme hallar un padre en cada anciano y en cada mozo un hijo!

FEDERICO BALART.

Caridad

Dad al pobre, dad al pobre pan, consuelo; que recobra la esperanza y la alegría con la ayuda que le dan! A las manos bondadosas, desde el cielo Dios envía el perfume de las rosas de la eterna Alejandria.

RUBEN DARIO.

Ultimo Recuerdo

Las canciones que yo canto Me hacen sangrar al reírlos; mi perro, que huele el danto, suele llorar al oírlos. Y así vagamos los dos, cogiendo lo que nos dan: Duelos y esperanzas, Dios; el mundo burlas y pan. Cuando ya, libre de afanes, duerma en mi postrer encierro, manos que me disteis panes, no neguéis pan á mi perro.

MANUEL CABALLERO.

Un Milagro de la Caridad

Elisabeth de Hungría gustaba de llevar á los pobres dinero, alimentos y vestidos; pero para hacerlo tenía que esconderse de su esposo, rudo señor que le había prohibido todo trato con la gente menesterosa. Una vez que salió de su palacio llevando en la falda una gran provisión de aquel género, se encontró con su marido, que volvía de una «acería. Asombrado de verla encorvada por el peso de tantas cosas, quiso, á pesar de la resistencia de Elisabeth, ver qué era aquello; la pobre mujer extendió su falda con el mayor terror; pero en ella sólo aparecieron hermosas rosas encatnadas.

Tenia el pelo cano y ahora lo tengo negro



LA MEJOR PREPARACION PARA RESTAURAR AL PELO SU COLOR NATURAL.

NO DAÑA LA SALUD NI PRESENTA DIFICULTADES PARA SU USO
Premiado en la Exposición de St. Louis Missouri

DE VENTA EN LAS DROGUERIAS Y BOTICAS A \$2.00 Y SI NO HAY MANDE GIRO POSTAL A

ESPINOSA RENDON SUCR.

1a. NUEVO MEXICO, 5.—MEXICO, D. F.